LA TESIS DEL "CRISTIANISMO-VENENO" Y LAS REVISTAS *QUESTION DE ...*, *ELEMENTS*, ETC. (*)

POR

L. MORTEAU E Y. LE PENQUER.

Nos escribe un amigo, alumno de instituto:

"*Les escribo para señalarles la expansión de una corriente de ideas ya denunciada en* Permanences. *Me refiero al movimiento G.R.E.C.E. (asociados a la revista* Nouvelle Ecole).

"*Deben rechazar esas tesis, fuertemente impregnadas de Nietzscheísmo, que ponen en contradicción la civilización y el cristianismo.*

"*Lo sé por experiencia, sobre el plano local.*

"*El movimiento G.R.E.C.E. pretende representar una tercera fuerza anti-marxista y anti-demo-liberal. Llega a seducir a una parte de esa juventud que rechaza el marxismo y el liberalismo. Sería dramático que esos jóvenes pasen así a una subversión contraria, pero tendente también a la destrucción del cristianismo.*

"*Llegará un día en el que esos jóvenes deberán elegir. Y ahí está el peligro, puesto que no tienen una formación sólida, una base doctrinal suficiente... Esa base que precisamente Vds. procuran y deben procurar.*

"*He aquí por qué creo que deben intervenir*".

* * *

(*) Publicado en francés en *Permanences*, núm. 121, junio-julio 1975.

(**) Este movimiento actúa ya con nombres distintos en Madrid, Barcelona e Iberoamérica (nota de *Speiro*).

Nosotros también creemos que esta intervención se hace necesaria.

Recordemos que *Permanences* (1) se preocupó de las tesis de G.R.E.C.E. (2) y de la revista *Nouvelle Ecole* (3). Pero la carta de nuestro amigo nos ha incitado a examinar las posturas anti-cristianas de este movimiento. Lo que vamos a hacer a partir de su "tesis del cristianismo-veneno". Fórmula que, en efecto, sirve de artículo de Alain de Benoist, en la revista *Question de...* (4).

Alain de Benoist es un joven escritor que anima la revista *Nouvelle Ecole.* Es también director de las ediciones G.R.E.C.E., las cuales han publicado, hace algunos meses, su primer libro titulado: *"El conflicto del cristianismo primitivo y de la civilización antigua"*, por Louis Rougier. Obra cuya tesis ha sido adoptada por G.R.E.C.E., por *Nouvelle Ecole,* por *Eléments* y por *Question de...* (5). Y, particularmente, en un artículo de Louis Pauwels, aparecido en *Eléments* (6). Artículo titulado: *"La Iglesia y la caída de Occidente"*.

Es evidente que no estamos aquí delante de algunas manifestaciones fortuitas de espíritus paradójicos. Es un movimiento que se organiza. Interesa, por tanto, tomarlo en serio.

Pero antes de decir eso que pensamos, atengámonos a juzgarlo por partes.

Reproduzcamos al menos los pasajes que nos parecen más característicos de este "nuevo colegio" ... que no es tan nuevo. Como se verá.

* * *

Y para empezar: los textos.

Según Louis Rougier: *"La civilización antigua no murió de sus*

---

(1) Núm. 101, junio-julio 1973, págs. 57-58 y núm. 111, junio-julio 1974, págs. 69-71.

(2) Agrupación de Búsqueda y de Estudios para la Civilización Europea.

(3) Cf. artículo de Olivier Fléchères: «¿Los nuevos bárbaros?», en *Permanences,* núm. 101.

(4) *Livraison,* núm. 5, 4.º trimestre, 1974, págs. 5 a 21.

(5) Como testimonio, el prefacio, dado a la obra de M. Rougier, por M. A. de Benoist.

(6) Septiembre-octubre de 1974.

propias contradicciones. Fue atacada y destruida por un movimiento subversivo de importación. Se trata del cristianismo de los orígenes".

Así, pues, Louis Rougier, como Alain de Benoist y Louis Pauwels tienen cuidado, en principio al menos, de distinguir eso que llaman "*el cristianismo originario*" o "*primitivo*" de "*la Iglesia*" (propiamente dicha).

Para L. Pauwels, en efecto, "*la historia de la Iglesia habría sido la historia de un esfuerzo por razonar la locura cristiana y por transformar un fermento de destrucción en un alimento de civilización*". Habría sido así, el catolicismo, el antídoto del "*veneno cristiano*".

Según L. Pauwels, el libro de L. Rougier ... "*impone la comparación con lo que pasa, en ese momento mismo, bajo nuestros ojos. El neo-cristianismo me parece repetir exactamente el cristianismo primitivo. Se vuelve a encontrar la insurrección radical contra nuestra civilización, dentro de la corriente de ideas y de sentimientos a los cuales he dado el nombre de «siniestra»*".

Pues, siempre según L. Pauwels, "*el cristianismo original resurge, por un movimiento explicable, en el momento en que la Iglesia se desploma, aboliendo su propia historia*" ...

Lo que explicaría que la Iglesia hoy pueda "*hacer que nuestras sociedades basculen hacia la tiranía marxista*".

La analogía de nuestra época con esa que precedió el final del Imperio Romano es tal que, siempre según L. Pauwels, "*el combate por la libertad de la cultura y más simplemente por la cultura, debe pasar por un combate contra el cristianismo original que resurgió con su ideología anti-progreso, anti-ciencia, anti-sabiduría, su mística igualitaria y su mito de un apocalipsis vengador*".

Esta idea, prosigue L. Pauwels, "*es el corazón del pensamiento de Nietzsche*". Se encuentra "*en el Marco Aurelio de Renan*". Se vuelve a encontrar en G. Sorel, que escribió: "*la ideología cristiana rompió la estructura del mundo antiguo* (...), *lo desangró del todo. Cortó las ligaduras que existían entre el espíritu y la vida social. Sembró por todas partes los gérmenes de quietismo, de desesperanza y de muerte*".

Siempre según L. Pauwels, "*para leer a Louis Rougier y para seguir mis propias búsquedas* (me parece) *que la contra-cultura, que*

es un arma insurreccional (...), *tiene sus raíces en las primeras palabras del «Sermón de la Montaña»: «Bienaventurados los pobres de espíritu»* (...). *El Señor no ama la cultura, no ama a los sabios, no ama a los filósofos, no ama a los constructures, no ama a los poderosos, por conocimiento, por la riqueza o por las armas. El Señor reorganizará las cosas haciendo de los últimos los primeros. Hará esto decididamente exterminando a los primeros*".

Con el apoyo de esta tesis general, el director de G.R.E.C.E., A. de Benoist, propone la descripción siguiente de las primeras comunidades cristianas, con una reanudación inicial del texto bien conocido de Celso, ese enemigo del cristianismo naciente. Texto según el cual no habrían sido nada más que una "*chusma de gentes incultas y de mujeres crédulas reclutadas entre la escoria del pueblo*".

"*En su conjunto* —afirma A. de Benoist— *el mundo greco-latino quedó en primer lugar cerrado a la predicación. El elogio de la debilidad, de la pobreza, de la «locura» le pareció insensato. Los primeros centros de propaganda cristiana se instalan pues en Antioquía, en Efeso, en Tesalónica y en Corintio. En esas grandes ciudades cosmopolitas y mundiales donde los esclavos, los artesanos, los inmigrantes franqueaban los comerciantes, donde todo era para vender o para comprar, donde los predicadores y los iluminados, en número cada vez mayor, rivalizaban para seducir las multitudes inquietas y abigarradas, los primeros apóstoles encontraron un terreno preparado*" (...).

"*Para los primeros cristianos* —prosigue A. de Benoist— *el mundo, etapa provisional, es un valle de lágrimas, lugar de dificultades y de tensiones insoportables* (...). *El mundo pertenece al Mal* (...), *los cristianos se encontraban, pues, como extranjeros cultivando su extranjeridad, indiferentes o, más a menudo, hostiles*".

"*Todo en ellos era objeto de odio. Las columnatas de los templos y las galerías cubiertas, los jardines donde corrían las fuentes, los altares domésticos donde ardía una llama sagrada, las ricas residencias, los uniformes de las legiones, las villas, los navíos, las carreteras, los trabajos, las conquistas, las ideas: por todas partes el cristiano veía la marca de la Bestia*".

Es a este carácter (pretendido) del "cristianismo primitivo" al que será imputable (según A. de Benoist) la antimonia que habría opuesto el espíritu cristiano al orden romano. Oposición que habría hecho del espíritu cristiano el elemento destructor del temporal romano.

Pues, siempre según A. de Benoist, ... "*el cristianismo afirmó, por primera vez, no que el alma existe (lo que no habría constituído su originalidad) sino que todos poseen una idéntica al nacer. En su rechazo del mundo, el cristianismo se presentó como el heredero de una vieja tradición bíblica detestadora de poderosos, exaltadora sistemática de humildes y pobres* (...)". Dentro de este cristianismo primitivo "*el pobre es llamado el Humilde, el Santo, el Justo, el Piadoso. El es desdichado, prueba todos los males, está enfermo, achacoso, solo, abandonado, relegado en el valle de lágrimas, su pan está regado de llantos, etc. ... Pero soporta su desgracia, incluso la busca, pues sabe que esas pruebas son necesarias para su salvación, que cuanto más humilde sea, más triunfará, que cuanto más sufra, más podrá ver sufrir*".

De ahí a ver en el cristianismo el primer germen del comunismo, no hay más que un paso. A. de Benoist encuentra la demostración de esto en un texto que, según él, "*coloca a la humanidad regenerada en una nueva Jerusalén, bajo un régimen estrictamente comunista*".

Pero, ¿cuál es ese texto presentado como un fragmento del Espíritu Santo?: "*La tierra será común a todos, no habrá más murallas ni fronteras. Todos vivirán en común y la riqueza será inútil* (...). *No habrá, pues, ni pobres ni ricos, ni tiranos, ni esclavos* (...). *Todos serán iguales*".

Este texto es un extracto del segundo libro de los Oráculos Sibilinos (7) (II, 320, 326).

---

(7) Según la leyenda, los Libros Sibilinos fueron vendidos a Tarquino el Soberbio por la Sibila de Erythrée. Parece ser que fueron introducidos en Roma en una fecha anterior a la toma de Cuma por los Samnitas. Es decir, 423 años del nacimiento del Fundador del Cristianismo. Esos libros sólo podían ser consultados bajo la orden del Senado. Había posibilidad de ob-

Por consiguiente, no hay nada de cristiano en él.

Pero pasemos. El golpe es suficientemente fuerte para dar lugar a que alguien se equivoque. No es menos significativo éste:

"*La renuncia del mundo* —escribe de Benoist— *era tanto más formal para los cristianos primitivos que estaban convencidos de que la Parusia (la vuelta de Cristo al fin de los tiempos) iba a sobrevenir necesariamente* (...). *Ellos repetían por todas partes la Buena Nueva: «el fin del mundo está cerca»* (I *Pedro*, IV, 7)".

* * *

Tal es, pues, la tesis sostenida por Louis Rougier, Louis Pauwels y Alain de Benoist.

Hemos preferido publicar primero esos grandes extractos de ella, evitando sensibilizar *a priori* al lector con algunos comentarios.

Pero es importante responder.

Lo haremos en dos tiempos.

Propondremos, en primer lugar, una serie de refutaciones o consideraciones, sumarias pero que creemos suficientes, para que nuestros amigos puedan utilizarlas fácil y prontamente, en el curso de las conversaciones que puedan tener sobre este tema con los oponentes eventuales.

Completaremos seguidamente la materia de nuestra refutación tratando con más detalle ciertas objeciones históricas presentadas por Rougier, Pauwels y de Benoist.

He aquí el plan:

I. *El cristianismo de los orígenes ¿ha sido intrínsecamente destructor?*

— la pretendida oposición del Evangelio y de la Iglesia,
— la doctrina del cristianismo primitivo y la revolución social,
— cristianismo primitivo y judaísmo,

---

tenerla en tiempos de calamidades públicas. Perecieron en el año 83 antes de Jesucristo, en el incendio del templo de Júpiter Capitolino.

— el cristianismo y la herencia antigua,
— una verdad a la cual ninguno de los paganos prudentes había podido llegar,
— el Señor y los sabios.

II. ***Los primeros cristianos y el Imperio romano.***

— el cristianismo no provocó ni subversión social ni subversión económica,
— la gran influencia de las familias patricias,
— superabundancia de ejemplos,
— los primeros cristianos no pecaron por absentismo social,
— su afección al Imperio,
— la tesis del comunismo de los primeros cristianos,
— los primeros cristianos y las riquezas,
— el cristianismo primitivo no provocó ni subversión patriótica ni subversión militar,
— el deber de defensa,
— la piedad cívica,
— el cristianismo primitivo no provocó ni subversión moral ni subversión cultural o espiritual,
— la custodia y embellecimiento de la herencia antigua,
— la tesis del presimismo cristiano.
Conclusión.

I. El cristianismo de los orígenes ¿ha sido intrínsecamente destructor?

¿Qué pensar de la actitud que consiste en oponer el Evangelio a la Iglesia?

¡Sea que se trate de exaltar a ésta! (como pretenden Rougier, Pauwels y de Benoist). ¡Sea que se busque condenar a la Iglesia en el nombre del Evangelio! (como siempre, más o menos, trataron de hacerlo los revolucionarios clásicos).

La pretendida oposición del Evangelio y de la Iglesia.

La respuesta es fácil. Mgr. Vernon Johnson la formuló muy bien en su obra de la que *Permanences* publicó largos extractos: *¡Un Señor, una fe!* (8). Consiste en hacer observar que no existió primero el Evangelio y luego la Iglesia. Existió primero la Iglesia. Y sólo a través de la Iglesia se nos dio el Evangelio en los textos conocidos. Punto, ¡es todo!

El Evangelio es, por así decirlo, el libro de familia de la Iglesia. Es su Espíritu sólo quien lo dictó ... Por tanto, es normal que fuera de Ella y sin Ella, cada uno desvaríe sobre estos textos.

Ahora bien, precisamente —y la cosa es, sin embargo, bastante curiosa—, Rougier, Pauwels y de Benoist son de una apatía desconcertante contra la interminable fila de herejes que, muy explícitamente a través de los siglos, apenas cesaron de reivindicar un "*cristianismo primitivo*", distinto del de la Iglesia. Y esto, para exaltar al Evangelio a expensas de la Iglesia.

¿Por qué Rougier, Pauwels y de Benoist parecen ignorar a aquellos que la Iglesia separó de ella? ¿Por qué, especialmente, Rougier, Pauwels y de Benoist silencian totalmente las referencias a este pretendido "*cristianismo primitivo*" que ellos condenan, de tantos protestantes, franc-masones, de tantos revolucionarios de los siglos XVIII y XIX?

Tanto Alain de Benoist como Louis Rougier y Louis Pauwels distinguieron claramente (en palabra y en principio) "*cristianismo primitivo*" e Iglesia romana, lo que no es ahí más que una cláusula de estilo. En efecto, y a pesar de esas aparentes buenas intenciones, la Iglesia es realmente la que es atacada, como puede constatarse sin error posible, en el artículo de Alain de Benoist, publicado en la revista *Question de...* (4.° trimestre, 1974).

"*Los herejes, los cismáticos* ..., escribe Alain de Benoist ... (es decir, esos que se oponen más a menudo al cristianismo primitivo, denunciado, pero solamente de palabra, por Alain de Benoist ...)

(8) Cf. *Permanences*, núms. 106, 108, 109, 110, 111, 112.

los herejes, los cismáticos, los libre-pensadores y los paganos serán, por un gesto renovado de Poncio Pilato, librados al brazo secular para ser llevados al suplicio y muertos ... La denuncia será recompensada por la atribución de los bienes de las víctimas y de sus familias. Los «enemigos de Dios» merecen la muerte. Tomás de Aquino precisa: «El hereje debe ser quemado». Uno de los cánones adoptados por el Concilio de Letrán declara: «No son homicidas los que matan a los herejes». Por la bula «Ad extirpenda» la Iglesia autorizará la tortura. Y en 1864 (¡1864!) en el Syllabus, Pío IX proclamará además: «Anatema a quien dijera: la Iglesia no tiene derecho a emplear la fuerza; ella no tiene ningún poder temporal directo o indirecto" ...

Y la sinfonía de Alain de Benoist continúa todavía sobre este tema y en el mismo tono durante 29 líneas, dignas de los fragmentos de más éxito de *La Calotte.*

Hay que agradecerle a Alain de Benoist que se haya expresado con tanta franqueza. Que no se extrañe si en el futuro nos burlamos de él, cuando venga a proponer su diplomática distinción entre Iglesia y "*cristianismo primitivo*". Es al cristianismo pequeñito, a la Iglesia pequeñita a los que Alain de Benoist declara la guerra. Hay que saberlo, y ¡decirlo!

La doctrina del "Cristianismo primitivo" y la revolución social.

Hemos visto, a través de Alain de Benoist, que la doctrina del "*cristianismo primitivo* (...) *implicaba una revolución social*". Es verdad, sin duda, según Alain de Benoist. Pero según la historia, todavía es más cierto, en contra de lo que afirman Benoist y sus amigos, que esta infalible "*revolución social*", implicada por el "cristianismo primitivo", no tuvo lugar.

La verdad merece ser sostenida, tanto más cuanto que está situada entre dos tesis, perfectamente contradictorias. La de Benoist, Pauwels y Rougier y la de los que, mucho más numerosos, reprochan precisamente a la Iglesia de los primeros tiempos del cristianismo y de mucho después, no haber hecho esa "*revolución social*".

Uno se extraña de que, entre los textos sagrados que puedan ser sometidos a su juicio, "los autores" no hayan hallado las fórmulas de esa enseñanza de los primeros apóstoles. Enseñanza que fue no solamente dada sino seguida: "*Recuerdo a todos que hace falta estar sometido a los magistrados, y a las autoridades, practicar la obediencia, no ultrajar a nadie, evitar el enredo, mostrarse benévolo, testimoniar a todos una dulzura perfecta. Pues hace poco tiempo éramos, nosotros también, insensatos* (...), *odiosos y nos odiábamos los unos a los otros*" (San Pablo, a Tito, III, 1 a 3).

"*Todos los que están bajo el yugo de la esclavitud deben considerar a sus amos como dignos de un respeto absoluto, a fin de que el hombre de Dios y la doctrina no sean blasfemados*" (San Pablo, 1 a Tim, VI, 1 a 3). "*Mujeres, sed sumisas a vuestros maridos, como se debe en el Señor. Maridos, amad a vuestras mujeres y no las enojéis* (...). *Hijos, obedeced en todo a vuestros padres; eso es bueno para el Señor. Padres, no exasperéis a vuestros hijos, por miedo a que se desalienten. Esclavos* (¡todavía!), *obedeced en todo a vuestros amos de aquí abajo, no con una obediencia solamente externa que busca agradar a los hombres, sino con sencillez de corazón, por temor del Señor. Sea cual fuere vuestro trabajo, hacedlo con ánimo, como para el Señor y no para los hombres* (...). *Amos, dad a vuestros esclavos lo justo y lo equitativo, sabiendo que, vosotros también, tenéis un Amo en los cielos*" (San Pablo, *Colos.*, III, 18 a IV, 1) ... "*Que cada uno esté sometido a las autoridades superiores, porque no hay potestad que no provenga de Dios, y es Él quien ha establecido las que hay en el mundo*". *Pero, si obras mal, tiembla, pues no en vano lleva la espada. Ella es un instrumento de Dios para hacer justicia y para castigar al que obra mal*" (San Pablo, *Rom.*, XIII, 1 a 5). "*¡Pagad a cada uno aquello que le es debido; a quien el impuesto, el impuesto; a quien las tasas, las tasas; a quien el temor, el temor; a quien el honor, el honor!*" (San Pablo, *Rom.*, XIII, 7).

"*Sed sumisos, a causa del Señor, a toda institución humana: sea al rey, como soberano; sea a los gobernantes, como enviados por él* (el rey) *para castigar a los que hacen el mal y premiar a los que hacen el bien* (...). *Honrad a todo el mundo, amad a vuestros hermanos. Temed a Dios. Honrad al Basileus*" ... (Y en la fecha de esta

carta, ¡el Basileus era Nerón!) ... "*Vosotros siervos, sed sumisos a vuestros amos, con profundo amor, no solamente a los buenos y a los bienhechores, sino también a los difíciles. Pues es un mérito soportar, por respeto a Dios, las penas que uno sufre injustamente. ¿Qué mérito hay, en efecto, en soportar los golpes si habéis cometido una falta? Pero si, haciendo el bien, soportáis el sufrimiento, es un mérito ante Dios*" (San Pedro, 1.ª Epístola, II, 18) ... "*Paralelamente, vosotras, mujeres, sed sumisas a vuestros maridos, a fin de que, incluso si algunos se niegan a creer, sean, sin palabras, ganados por la conducta de sus mujeres, considerando vuestra vida casta y plena de respeto* (...). *Vosotros paralelamente, los maridos, llevad la vida común con comprensión, como junto a un ser frágil, la mujer. Dadle su parte de honor, como coheredera de la gracia de la Vida*" (San Pedro, 1.ª Epístola, III, 1 a 7).

"*Paralelamente, los jóvenes, sed sumisos a los ancianos: revestid de humildad vuestras mutuas relaciones*" (San Pedro, 1.ª Epístola, II, 1 y 2).

Etc..., etc...

¡Ah! ¿qué buen veneno revolucionario hay aquí?

Pues tal es la verdad, la sola enseñanza del cristianismo primitivo ... La sola auténtica. No es esa la voz de la Sibila de Erythrée, 423 años anterior al nacimiento de Cristo!!! ¡Sino la auténtica enseñanza de los compañeros y testigos de Cristo!

Uno se extraña de que Alain de Benoist y sus amigos cometan la imprudencia de pasar delante de tales textos (y de tantos otros posibles) sin chistar.

¿Quién osará pensar, con tal de que uno haya leído las Epístolas una sola vez, que en estas cartas dirigidas a los primeros cristianos pueden ir a buscar apoyo nuestros modernos agitadores del P. S. U., de la C. G. T. o de las diversas obediencias progresistas?

Prueban irrefutablemente que, desde sus primeras horas, la única Iglesia de Cristo fue: "la Iglesia del orden" y no la ¡Iglesia de la Revolución!

Cristianismo primitivo y judaísmo.

Pero todavía añaden nuestros autores, que el cristianismo primitivo estaba formalmente penetrado de espíritu judío. La fórmula, lo admitimos, es equívoca. Pues, quién lo duda, no es cuestión de negar aquí las raíces judaicas del cristianismo. Mucho más estricta que ninguna otra obediencia, la Iglesia Católica Romana se honra de haber guardado todo el Antiguo Testamento. Al contrario de muchas sectas que han rechazado la autenticidad divina de varios libros de la Biblia!

Pero si se pretende una colusión judeo-cristiana en el cristianismo primitivo, en el sentido de que estuviera presente en la Iglesia de los primeros siglos, la orientación hacia donde la religión hebraica comenzó a orientarse, o sea hacia el Talmud y la Cabala, debe rechazarse rotundamente pareja insinuación sin necesidad de recurrir a ninguna demostración sutil; así de evidentes son los hechos.

Pero no se trata sólo aquí de la Iglesia del cristianismo primitivo. Se trata del mismo Cristo. Del cual se puede decir que fue crucificado precisamente por haber rechazado ser ese héroe mesiánico y subversivo que los judíos esperaban para someterles el mundo. La respuesta tampoco se hizo esperar. Antes de ser injustamente proscrito por los paganos, el cristianismo primitivo tuvo como primeros enemigos, por primerísimos enemigos, a los judíos y al judaísmo. Que los primeros cristianos hayan comprendido mal las repercusiones temporales de tal oposición es un problema que se puede discutir ... Pero el hecho es que apenas algunos años después, los efectos de esta oposición fueron perentorios. Y fue en el mundo greco-latino pagano donde la Iglesia naciente progresó y se desarrolló.

Hasta el punto de que todavía hoy algunos le reprochan esta alianza, si así puede decirse, con el auténtico espíritu greco-latino.

Y de este modo, una vez más, podemos emplear el género de argumentación invocado hace un momento. Cuando Rougier, Pauwels, de Benoist y sus amigos reprochan al cristianismo el haber "envenenado" la civilización greco-latina ..., con mucha más razón, una

multitud inmensa de subversivos, con Lutero a su cabeza, reprocharon reiteradamente, y reprochan todavía a la Iglesia ser latina, ser romana, haber recogido todo cuanto pudo ser salvado de la civilización antigua.

Desde que finalizaron las persecuciones, en efecto, se permitió al "cristianismo primitivo" actuar y expresarse más abiertamente. ¿Qué era se abrirá? ¡La de los Apologistas! ¡Antes incluso que la de los Doctores! Apologistas que se aferran ¿a qué? ¿A volver al ridículo, a vilipendiar la civilización greco-latina? ¡Ciertamente, no! Sino al contrario, a hacer comprender, a hacer admitir a los paganos, todavía desafiantes, que el cristianismo estaba presto a asumir todo lo que era sano en el pensamiento y en las instituciones del mundo civilizado de entonces. Y ese movimiento lanzado por los primeros apologistas ya no cesará. Se desarrollará con una paciencia, una perseverancia, una habilidad sin desfallecimiento ... hasta que todos los verdaderos tesoros de Atenas y de Roma hubieron sido escrupulosamente recuperados. Ascensión maravillosa cuya cima será en el siglo XIII la "síntesis tomista". Comunión maravillosa cuya visión es ofrecida en el Vaticano, Sala de la Firma, a todos los que quieran comprender bien el sentido de dos admirables frescos de Rafael: "La Disputa del Santo Sacramento"... y "El Colegio de Atenas".

El cristianismo y la herencia antigua.

Pero puede que se nos oponga el hecho de que la Iglesia no asumió lo que, en detalle, fue la civilización romana ... en los días del pretendido "cristianismo primitivo".

La respuesta es fácil.

La Iglesia tomó todo lo que era... tomable, hasta tal punto que casi cometió una falta de la cual es precisamente víctima hoy.

Pues lejos de tomar lo que tomó apostrofando (a lo "revolucionario") de la civilización antigua, la Iglesia tuvo cuidado de callarse y de dejar creer que lo que ella salvó era toda la civilización de Roma y de Atenas.

¡Sí! ¡En cierto sentido! La Iglesia cometió el error de ser dema-

siado bondadosa, de ser demasiado generosa, no insistiendo más en recordar de qué fango, de qué lodo, de qué sangre, de qué instituciones y de qué costumbres estaba, legitimísimamente, legalísimamente, compuesta la civilización tan echada de menos por el equipo de G.R.E.C.E. y de *Nouvelle Ecole.*

En fin, ese "venenoso" cristianismo primitivo destructor de la civilización, ¿cuándo comenzó a hacer hablar de él un poco seriamente? ¡Bajo el reinado de Calígula! ¡Bajo el reinado de Claudio! ¡Bajo el reinado de Nerón! ¿Y esos son los tiempos que nuestros autores echan de menos?

¿Y qué esplendor, qué beneficio pudieran tener para nosotros un Platón y un Aristóteles si no les conociéramos sobre todo por lo que un Santo Tomás supo extraer de ellos?

Como dijo clarísimamente Gilson, es difícil saber hasta dónde avanzaron los griegos en filosofía. ¿No sostuvieron excelentes helenistas que Platón especialmente se elevó a una idea de Dios prácticamente indiscernible del cristianismo? ... Eso no es exacto. Según Platón, el grado de divinidad es proporcional al grado "de ser". Ahora bien, precisamente, no hay grado de divinidad en un Dios verdaderamente Dios. No puede haber ahí seres más o menos divinos que por imagen, analogía, metáfora. En términos rigurosos, no puede haber nada más que un Dios, que es el SER, el SER infinito..., y los "seres" que, sea cual fuere su jerarquía, no son Dios. Distinción capital. Definitiva. No se encuentra en Platón un sentido de la palabra "ser" que esté reservado propia y exclusivamente a Dios. Es por esto que la divinidad no es, en ese pretendido Dios platónico, nada más que un carácter común a todos los seres, carácter divino, presente en él en un grado supremo, pero no como un privilegio único. Para Platón no hay un solo ser que reivindica para él solo la plenitud y el privilegio de la divinidad.

Y lo mismo en Aristóteles, ¡ese otro faro magnífico del pensamiento griego! Cuando se habla de su idea de Dios, se oye hablar de ese célebre texto de su *Física,* donde trata de esa causa inmóvil, separada, acto puro, pensamiento de pensamiento ... Pero, desgraciadamente, algunas frases después, ¿no se ve "al filósofo" comenzar los cálculos para establecer por las razones astronómicas que debe

haber, bajo esa primera causa, cuarenta y nueve o quizá incluso cincuenta y cinco causas que son, ellas también, eternas e inmóviles? Ahora bien, que la primera causa inmóvil sea la única primera, no significa que sea la única causa inmóvil, es decir, una divinidad. Ahora bien, esto basta para probar que, a pesar del admirable genio de Aristóteles, este último pasó a dos dedos de la verdad sin verla.

Que si hay un Dios, ese Dios es y no puede más que ser único, he aquí lo que a partir del siglo XIII ya nadie se tomará la molestia de demostrar, considerándose un principio inmediatamente evidente. Una verdad a la cual ninguno de los sabios paganos había sabido llegar.

Lo que quiere decir que el "credo in unum Deum" de los cristianos, artículo primero de su fe, apareció, desde los primeros días de la Iglesia, no solamente como una verdad sobrenatural, sino como una evidencia racional irrefutable. De donde resulta que el último de los esclavos del pretendido "cristianismo primitivo" encontraba en su iniciación una verdad a la cual ni Platón, ni Aristóteles, ni ninguno de los griegos, ni ninguno de los sabios paganos, habían sabido llegar... Aunque dicha verdad haya sido y continua siendo accesible a las solas luces de la razón.

Buen comienzo, sin duda —debe admitirse—, para una multitud de miserables, ignorantes que despreciaran sabiduría y filosofía ...

Ahora bien, eso no fue sino sólo el punto de partida del cristianismo. Fuente de luz y de ciencia, cuyo foco no va a cesar ya de crecer hasta los sistemas definitivos de "el Colegio". Pues, por no hablar nada más que de uno de esos sistemas, la síntesis del platonismo y del aristotelismo, no la ha realizado la sabiduría pagana, fueron los primeros los Apologistas quienes la iniciaron, después fueron los Doctores de la Iglesia quienes se esforzaron en describir mejor sus exigencias, y finalmente fueron los pensadores de la Edad Media cristiana quienes la realizaron en su perfección. Por eso, un Concordet, a pesar de su poca simpatía por el cristianismo, no pudo menos que dar este testimonio: "*Debemos a los escolásticos las nociones más precisas sobre las ideas que podemos formarnos del ser supremo y de sus atributos, sobre la distinción entre la causa primera y el uni-*

verso que se supone que ella gobierna, entre la del espíritu y la materia, sobre los diferentes sentidos ligados a la palabra "libertad", sobre lo que se entiende por creación, sobre la forma de distinguir entre sí las diversas operaciones del espíritu humano y de clasificar las ideas que éste se forma de los objetos reales y de sus propiedades ...".

Como se ve, nada falta, y el pasaje merece ser releído con la mayor atención para que se pueda juzgar exactamente la prodigiosa amplitud de lo que el mismo Concordet reconoció que se debe a este "Colegio", que fue y es el mismo Colegio de la Iglesia. "En suma, mal humor aparte —escribe Gilson—, Concordet reconoce que los escolásticos precisaron todas las nociones esenciales de la metafísica y de la epistemología. ¡Es un homenaje bastante bello y que sería fácil de transformar en una apología decidida!".

Si es verdad que se debe juzgar el árbol por sus frutos, aquí tenemos la cosecha que la humanidad ha podido recoger de las semillas de la planta que salió del suelo bajo el nombre de "cristianismo primitivo".

¿Qué ignorantes productos del colegio oficial, laico y masónico de nuestras repúblicas modernas osarán decir todavía, después de esto, que el "cristianismo primitivo" comprometió, dispersó, aniquiló la herencia intelectual del mundo antiguo?

Por el contrario, tenemos la obligación de volver a admitir (y de saber probar alrededor nuestro) que la Iglesia no solamente salvó lo que pudo y lo que debió ser salvado, sino que Ella hizo y ha sabido hacer lo que hacía falta para que el pensamiento antiguo nos llegara más coherente y más bello de lo que fue en realidad. Pues la Iglesia, única fundadora y única responsable del "cristianismo primitivo" (como del único cristianismo verdadero de siempre), no ha parado de salvar todo. Incluso lo estevado. Incluso lo incompleto. Incluso lo que estaba mancillado de inconsecuencia. Hasta los momentos que hubiera podido juzgar corruptores que presentaba el pensamiento antiguo ..., hasta los desnudos más transformados de la estatuaria pagana, etc.

El Señor y los sabios.

Según Louis Pauwels, ¡el Señor no amaría a los filósofos! Es ir un poco deprisa en la tarea. Y uno tiene el derecho de extrañarse de que una exégesis tan expeditiva sea prácticada tan alegremente por quien parece reclamar tan altamente la cultura, la ciencia y la filosofía.

A poco que se persista en la explotación de algunos extractos abusivamente aislados, se comprende pronto que lo que el Señor no ama son los sabios que se toman en serio. Lo que el Señor no ama son los sabios engreídos de sí mismos y de sus conocimientos. Lo que el Señor no ama, El que conoce las dimensiones exactas de lo que ha creado..., lo que el Señor no ama son los sabios que creen haber alcanzado las fronteras extremas de la ciencia lniversal, aun cuando esos mismos sabios, desde su popularidad, verán a sus discípulos denunciar las insuficiencias, cuando no los bastos errores, de sus teorías.

Lo que el Señor ama, por el contrario, con la Iglesia, con todas las gentes de buen sentido... son los sabios, son los pensadores, son los filósofos que, a pesar de los progresos más maravillosos de sus descubrimientos, saben y proclaman que en realidad no saben nada. Lo que el Señor ama son los sabios que, como Santo Tomás, superior a tantos otros, no teme confesar, a pesar de los resultados maravillosos de sus descubrimientos, que todo lo que de ellos dijera, hiciera o aprendiera era ... "*como humo de pajas*" ...

La humildad; la dulce, la bella, la santa humildad de los que "el mundo" distinguió como más grandes, es lo que ama el Señor. Y eso es lo que, como el Señor, todas las gentes honradas tienen razón de amar.

Lo que el Señor ama, lo que el Señor, que es el Señor de los misericordiosos ama, por encima de todo, es la humildad de su Iglesia, que llegó a salvar todo lo que pudo de la civilización antigua. Y arraigándose tan bien que llegó a hacernos olvidar las torpezas, las estupideces, las ignominias y los crímenes de ésta.

II. Los primeros cristianos y el Imperio Romano.

Enunciamos dos partes al comienzo de este trabajo.

En la primera ...: hemos tratado de reunir una serie de refutaciones someras pero suficientes, para que nuestros amigos las puedan oponer con éxito, fácilmente y como de memoria.

En la segunda ...: debemos insistir, con un mayor número de pruebas, en la falsedad de los argumentos de Louis Rougier, Louis Pauwels, Alain de Benoist y sus amigos.

Refutaciones que trataremos de efectuar por orden en los tres apartados siguientes:

1.° El cristianismo primitivo no provocó ni subversión social ni subversión económica.

2.° El cristianismo primitivo no provocó ni subversión patriótica ni subversión militar.

3.° El cristianismo primitivo no provocó ni subversión moral ni subversión cultural o espiritual.

1. El cristianismo primitivo no provocó ni subversión social ni subversión económica.

He ahí lo que es importante responder y saber probar a los que, hoy, se avienen a decir que el *cristianismo primitivo* había tratado de "subvertir" (o que habría subvertido efectivamente) la jerarquía secular del orden social romano. Provocando el levantamiento de los humildes contra los grandes, los pobres contra los ricos, los débiles contra los poderosos, los esclavos contra los amos, los ignorantes contra los sabios, etc.

La gran influencia de las familias patricias.

Interrogándose sobre el origen y la duración del poder político romano, a pesar de la corrupción colosal de la capital de los Césares, Dom Guéranger ha demostrado que la causa de esta fuerza residió

"en la gran influencia de un pequeño número de familias que se transmitieron durante varios siglos la tradición de una entrega generosa a la cosa pública".

¿El cristianismo primitivo habría debilitado o destruido la constancia de esta acción benefactora? Al contrario, su acción demuestra que, desde el reinado de los tres primeros papas, San Pedro, San Lino, San Clemente, un elevadísimo número de miembros de la aristocracia romana abrazan el cristianismo al mismo tiempo que las clases populares.

Los hijos de los Escipiones, de los Matellos, descendientes de quienes edificaron la primera Roma, pasaron a la Nueva Roma con sus tradiciones, su cultura, honores de la misma consideración.

¿Quién osaría sostener que la "gens Cornelia" haya pertenecido a un subproletariado cualquiera? ¿No pertenecía desde el año 269 de la antigua Roma a los fastos consulares? ¿No jugó un papel político importante durante siglos? ¿No proveyó de numerosos jefes militares, y sobre la tierra y el mar? ¿No es su nombre uno de los que se encuentran tan frecuentemente citados sobre los monumentos epigráficos?

Pauwels debería haber tenido mayor interés en estudiar un poco mejor las relaciones genealógicas (8 bis) de este tiempo y en determinar el lugar que según puede observarse ocupó cierto oficial que las Actas de los Apóstoles nos hacen comprender que hubo en Cesárea, hijo de casa de primerísimo rango. Ese oficial se llamaba precisamente Cornelio. El mandaba la cohorte Itálica. Y no era otro que el heredero de los ilustres Cornelios.

¡Curioso proletario, hay que reconocerlo, ese primer converso de San Pedro del cual se ha conservado el nombre!

Y ni siquiera en Cesárea, esta vez, sino en la misma Roma, San Pedro no permaneció mucho tiempo huésped de la pequeña colonia judía en la cual residía. Las Actas de San Praxides y los más ancianos martirólogos concuerden en mostrarnos al Príncipe de los Apóstoles en el Quirinal, en el barrio más aristocrático de Roma, huésped de un personaje de clase senatorial llamado Prudencio. Ahora bien,

---

(8 bis) Cf. las *Obras epigráficas de Borghèse,* t. 11.

precisamente ese Prudencio pertenecía también a la ilustre familia Cornelia.

Y se puede, se debe, continuar.

La conversión al cristianismo de las familias romanas del más alto rango, ¿no fue confirmada por otros paganos? El mismo Tácito menciona, entre otros, el papel en el cristianismo naciente de una "domina" llamada Pomponia Graecina. Esa mujer no pertenecía ya a una clase de vagabundos, puesto que era de esa familia de los Pomponii, mencionada desde el cuarto siglo de la historia de Roma; Pomponios que consiguieron un nombre en el ejército; Pomponios aliados por crecimiento a esa otra "gens", no menos ilustre; la "gens Coecilia". "Gens Coecilia" de tanto prestigio que una de sus hijas, a causa de la nobleza de su rango, se benefició, si así pudiera decirse, del triste privilegio de ser martirizada "a domicilio", con el cuello partido en la sala de baño. Conmovedora víctima cuyo nombre se renueva todavía y siempre entre nosotros, puesto que ella permanece como la dulce patrona de los músicos: ¡Santa Cecilia!

¿Era todo, acaso "escoria del pueblo" y "mujeres crédulas" ..., como Rougier, Pauwels y de Benoist tienen interés en exponer la cuestión?

Superabundancia de ejemplos.

No se sabe cuál de ellos elegir, a poco que uno se detenga, tan abundantes son los ejemplos que permiten refutar tan enormes "*falsedades*" (9).

Citemos al menos la conmovedora historia del cambio de nombre de Saulo en Pablo.

Recordemos, Saulo partió de Antioquía, iba a Chipre. Esa isla formaba por sí sola una provincia del Imperio y, con ese título, es-

(9) Después de los Cornelios, los Pomponios, los Coecilios, los Paulos, los Sergios.... hasta en las familias imperiales. Todas las familias que, sin desprecio por el celo y los innumerables méritos del pequeño pueblo cristiano del Transtevere hicieron ciertamente más por la expansión del cristianismo al plano social y político. Y esto sin el menor riesgo de subversión o de deseo bajamente democrático.

taba gobernada por un procónsul elegido entre los ancianos cónsules o pretores. Ahora bien, en el año 43, a la llegada de Saulo, el procónsul en ejercicio tenía por nombre Sergius Paulus. Era descendiente de una línea patricia que había dado muchos cónsules célebres por sus hechos de armas heroicos, principalmente en el combate de Pydna (158 antes J. C.). Durante éste el procónsul de Chipre oyó hablar de Saulo, de sus predicaciones y tuvo deseos de oírlo. Un milagro llevado a cabo por el Apóstol, ante sus ojos, le convenció de la verdad de su enseñanza. Sergius Paulus pidió el bautismo. Y es en esa ocasión cuando se hizo el cambio, significativo y conmovedor: el patricio romano, esclavo hasta entonces de su paganismo, fue liberado por el judío. Y, a cambio, el judío adoptó el nombre de Paulo y lo ajustó a su calidad de ciudadano romano. Si creemos ciertas tradiciones, el liberto de San Pablo, ese anciano procónsul romano de Chipre, llegaría a ser nuestro primer obispo de Narbona.

Y cuántos otros ejemplos podrían ser citados. Así, lo cierto, es que los primeros cristianos penetraron simultáneamente en todos los escalones de la sociedad romana y en todos los rangos de la jerarquía imperial. La igualdad espiritual de las almas regeneradas por el bautismo no quitó nada a los titulares jerárquicos. Añadió la fraternidad cristiana. Es naturalmente así como fue asegurado el relevo de las funciones públicas. ¡Sin demagogia! Y uno tiene el derecho de preguntarse qué ceguera estúpida pudo conducir a Nietzsche a escribir esas líneas que describen a los primeros cristianos como una "*banda afeminada y dulzona de blandos (quienes), uno tras otro, robadas las almas a ese inmenso edificio (de Roma), le quitaron sus naturalezas preciosas, viriles, aristocráticas*" (10).

La verdad es que (otro ejemplo) el primer vicario elegido por San Pedro para sucederle, era también patricio: Cletus (Cleto). Pertenecía a la familia Aemilia. San Clemente, en su tiempo, hijo de un tal Faustinius habrá visto el día al pie de ese monte Caelius, barrio por excelencia de la aristocracia romana y donde Marco Aurelio sería educado.

Innumerables detalles que tachan de invalidez los alegatos de

(10) Y después de Nietzsche... la revista *Question de...*

nuestros autores. ¿Por qué los primeros cristianos habrían sido lo que éstos nos dicen de ellos? Ellos no podían sino encontrar natural que fueran elevados a la cima de los cargos eclesiásticos los hombres preparados por sus tradiciones familiares a las funciones de gobierno. Prueba también de que ellos no sentían prevención contra esos últimos, por no se sabe qué deseo revolucionario.

Así, pues, no hubo ruptura como se pretende. Ninguna subversión. Continuidad perfecta. Las familias patricias que habían conseguido el esplendor de Roma, antes de Cristo, iban a continuar a servir a Roma los días del cristianismo primitivo.

Los primeros cristianos no pecaron por absentismo social.

Después de lo que se acaba de decir, ¿qué valor tiene esta objeción de Alain de Benoist: *"El rechazo del mundo era tanto más formal entre los cristianos primitivos que estaban convencidos de que la parusia iba a llegar inmediatamente"*.

Decididamente, ¿de qué cristianismo primitivo oye hablar Alain de Benoist? ¿De esos mismos cristianos primitivos que habrían seguido estúpidamente la seducción del puñado de predicadores judaizantes?

De hecho, Alain de Benoist nos parece subestimar un poco demasiado los textos de San Pablo: he aquí lo que el Apóstol (Apóstol con A mayúscula) enseña a los cristianos (II de los Tesalonicenses, cap. II, versículos 1 al 3): *"En lo que concierne a la venida de Nuestro Señor Jesucristo y nuestra unión con El, os pedimos que no os dejéis turbar el espíritu, ni alarmar por una pretendida revelación, por una palabra o por una carta viniendo supuestamente de mí. Como si el día del Señor fuera inminente. Que nadie, de ninguna manera, os ofusque. Pues antes tiene que llegar la apostasía. Tiene que manifestarse el hombre inicuo, el hijo de la perdición"*.

Esta fue la auténtica enseñanza recibida por los primeros cristianos y por los siglos que siguieron.

Pero se insiste y se evoca el efecto desastroso que hubiera tenido sobre el futuro del Imperio, una supuesta alergia, una clase de ab-

sentismo de los primeros cristianos al cuidado de las funciones sociales.

En lo que concierne a la élite, creemos haber respondido suficientemente a la objeción ... Queda, pues, solamente por probar que esta participación en la vida social no fue sólo asunto de un pequeñísimo número de privilegiados, sino asunto de toda la masa cristiana.

Por sí sola, la fulgurante rapidez de la conquista del Imperio por el cristianismo podría ser un argumento suficiente. ¡Jamás la sola acción de una élite restringida hubiera podido bastar a la realización de una obra tal!

Fue bajo el reinado de Nerón, en el 64, con ocasión del incendio de Roma, cuando comenzaron las persecuciones propiamente dichas. O sea menos de cuarenta años después de la muerte de Cristo. Ahora bien, Tácito escribe al respecto que una multitud inmensa —"*multitudo ingens*"— fue condenada a atroces suplicios.

Los primeros años de Severo (193) habían estado marcados por una cierta benevolencia respecto a los cristianos. A esta tranquilidad sucedieron ciento cincuenta años (¡150 años!) de persecuciones casi continuas y rápidamente reanudadas por Severo, en el 202. A pesar de esa escalofriante duración de exterminaciones metódicas, he aquí lo que Tertuliano pudo escribir, con esa especie de arrogancia irónica en la que hay que reconocerle por lo menos talento: "*La capital está sitiada: los cristianos están por todas partes. Hasta en nuestros campos, en los pueblos* (...). *¿Podéis decir que buscamos las represalias? Nos bastarían una noche y varias antorchas para vengarnos largamente. Pero, ¡he aquí, que no nos es permitido devolver el mal por el mal!*".

¡Sí! ¿Son esos los cristianos de los cuales se nos habla? ¿Cristianos ávidos de venganzas apocalípticas y de ver sufrir a los que no compartían su fe?

"*Nosotros somos de ayer* —prosigue todavía con más precisión Tertuliano en un texto justamente célebre ... "*Nosotros somos de ayer, y llenamos ya todo lo que tenéis de espacio. Se los encuentra por todas partes, en las ciudades, en las islas, en los pueblos,* EN LOS MUNICIPIOS, EN LOS CONSEJOS, EN LOS CAMPOS, EN LAS

TRIBUS, EN LAS DECURIAS, EN EL PALACIO (!), EN EL SENADO, EN EL FORO. *No os dejamos nada más que vuestros templos*".

¡Ah! ¡el bello absentismo que había!

Y, por añadidura, Tertuliano no temió enviar estas líneas a los magistrados. Líneas que habrían resultado ridículas a los ojos de esos mismos a quienes fueron dirigidas, si no hubieran sido innegables.

"*Todas las condiciones, todas las dignidades, insiste Tertuliano, rebosan así de cristianos. Se cuentan los clarísimos, precisa, tanto entre las mujeres como entre los hombres*".

Su adhesión al Imperio.

Lejos de ser revolucionarios, esos primeros cristianos afirman su voluntad de cooperar al orden público. "*Vuestra dicha es nuestro interés*", escribe el "apologista" Atenágoras, dirigiéndose a los representantes de la autoridad imperial, "*pues nos interesa poder llevar una vida tranquila rindiéndoos de corazón la obediencia que os es debida*".

Así, esos primeros cristianos, pretendidos subversivos, afirman y quieren ser los sujetos más apacibles y los servidores más leales del Imperio. No adoran al Emperador, pero le obedecen, lo aman y rezan por él. Aman la paz romana y quieren unirse a ella.

Ninguna vulgaridad, es verdad, ninguna obsequiosidad. Pero nada tampoco que se parezca a este "*largo gemido*" que habría "*exhalado* (según Alain de Benoist) *la literatura cristiana de los primeros tiempos*".

El error es grande, en efecto, y tiende a hacer creer que después de tan larga serie de persecuciones, Roma sólo podía ser odiosa a las nuevas generaciones cristianas. Esta interpretación político-nacional de un hecho específicamente religioso está privada de todo fundamento.

En la medida en que ella los expuso a los suplicios, la distinción que los cristianos hacían de lo temporal y de lo espiritual les preservó (al menos a ellos) de esta falta. Para ellos, Roma no estaba en cuestión y no iba a estarlo. Lejos de la madurez, los apologistas no

cesaron de bendecirla y de rendir homenaje al Imperio ... *"como a una estabilidad querida por Dios y confundida con el orden providencial del mundo"*. Que Cristo hubiese nacido dentro de las fronteras del Imperio era, a los ojos de todos, la más magnífica de las gracias y equivalía a una consagración.

Así, San Justino, el más grande de los primeros apologistas, no temió escribir en un tratado enviado a Antonio, Marco Aurelio y Lucio Vero, que los cristianos son sujetos fieles por "motivo de conciencia" y que César no tiene por qué temer de ellos, que ellos mismos no tienen miedo de César.

* * *

La tesis del "Comunismo" de los primeros cristianos.

Pero se insistirá, evocando la tesis del "comunismo" de los primeros cristianos.

Esta vez, reconozcámoslo, la objeción es más seria.

Dos pasajes de los Hechos de los Apóstoles ¿no nos describen, en efecto, la vida de los primeros cristianos como eminentemente comunitaria?

"Todos esos que habían creído, tenían todo en común, se ha escrito. Vendían propiedades y bienes y repartían lo obtenido entre todos, según la necesidad de cada uno ...". Y un poco más lejos, se puede leer también: *"Ninguno llamaba suyo a su propio bien, sino que todo les era común ..."* (11).

Indudablemente, hay un hecho que parecer justificar perentoriamente la opinión de Rougier, Pauwels y de Benoist acerca de la pretendida revolución social y económica del cristianismo primitivo. Pero, esta tesis no resulta menos abusiva. Pues, si bien es verdad que hubo entre los primeros cristianos de la Iglesia de Jerusalén ese anhelo de generosidad y altruísmo que les presionaba a poner todo en común, es importante observar que esa fue la experiencia única de

(11) Cf. *Actas de los Apóstoles*, cap. II, versículo 44. Y también: capítulo IV, versículos 32 y sigs.

la Iglesia de Jerusalén, y que este ejemplo no fue seguido en otras partes.

Ningún dogmatismo favoreció el desarrollo del mismo. Al contrario. Así se puede ver en el pasaje concerniente a la muerte, castigo sufrido por Ananías y Safira (12). San Pedro, en efecto, no les reprochó haber violado la puesta en común de los bienes considerada como un deber fundamental de los primeros cristianos. ¡No! San Pedro hizo todo lo contrario. Insistió en recalcar al defraudador que hubiera podido guardar, en plena propiedad, el precio de la tierra que acababa de vender. En otras palabras: no era por su renuncia a participar en la puesta en común de los bienes por lo que Ananías y Safira fueron castigados por el Señor. Fue, según los propios términos de San Pedro, por haber "mentido al Espíritu Santo" disimulando su fraude.

"*¿No tenías el derecho* (el ¡DERECHO!) —hace observar clarísimamente el primer Papa—, *no tenías el derecho de guardar* (de ¡GUARDAR!) *tu campo cuando lo tenías y, habiéndolo vendido, de disponer de su precio a tu agrado?*".

Prueba manifiesta de que la "puesta en común" de los bienes, incluso en esta circunstancia trágica, no era considerada como un imperativo de la moral cristiana.

No hubo, pues, en Jerusalén, nada más calificable como hecho de una revolución socio-económica, sino una simple experiencia comunitaria, inspirada por un celo generoso pero utópico. Experiencia de los primeros cristianos de Jerusalén.

Pero esta experiencia fue concluyente.

Después de un momento de euforia material, precipitó a la Iglesia de Jerusalén en la indigencia. Hasta el punto de que para remediarlo, San Pablo alertó a los otros cristianos de las costas del mar Egeo hasta los viveros del mar Negro.

De ahí las advertencias hechas por el ilustre Abad de Solesmes, Dom Delatte (13): "*Condiciones tales, donde lo mío y lo tuyo son*

(12) Cf. *opus. cit.*, cap. V, versículos 1 al 11.

(13) ... en su admirable comentario de las *Epístolas de San Pablo*, respuestas en el medio histórico de las *Actas de los Apóstoles*, t. 1, pág. 54 (Alfred Maure et fils — Ed).

excluidos, pertenecen solamente a la eternidad, en razón incluso de la exigencia de la desaparición de lo mío y de toda búsqueda personal. Antes incluso de crear en la comunidad de Jerusalén un estado de indigencia, al cual el Apóstol San Pablo debió subvenir a continuación, ocasionaron en la práctica y a medida incluso que se acrecienta el número de fieles, las negligencias casi fatales y gráciles rivalidades de las que el capítulo VI (de los Hechos de los Apóstoles) nos muestra el secreto. Los bienes de los fieles, puestos así en venta, estaban por otra parte depreciados por su misma afluencia (...). *Sólo la vida doméstica recogió la herencia de esas condiciones primitivas, conciliados los derechos de la pobreza con las leyes de la prudencia ...".*

¡Así, pues, que no se hable más indiscriminadamente del comunismo de los primeros cristianos!

El fracaso de la comunidad de Jerusalén fue lo bastante resonante como para que las otras Iglesias se abstuvieran de imitarlo. Se era caritativo, generoso. Lo que es, gracias a Dios, completamente distinto que el comunismo.

* * *

Los primeros cristianos y las riquezas.

Tenemos aquí otra constatación: lejos de despreciar a las riquezas, los primeros cristianos se preocuparon de administrarlas convenientemente.

El Papa Sotero, en el año 165, subvenía a las necesidades de las cristiandades lejanas con donaciones que no dejaban ninguna duda sobre la opulencia que comenzaban a disfrutar los cristianos de Roma. Eusebio conservó los fragmentos de una carta que San Dionisio, obispo de Corintio, envió a Sotero para darle las gracias. San Basilio en un carta a San Dámaso, nos enseña que el Papa San Dionisio, que ocupaba la silla pontificia en el 261, había enviado a rescatar los cautivos hasta a Capadocia. Y el historiador Eusebio da noticia de una carta de San Dionisio de Alejandría en la que leemos

que San Esteban (Papa en el 255) encontró el medio de hacer llegar las dádivas hasta Siria y Arabia.

Pero hay algo que llama más la atención. El reinado de Marco Aurelio comienza en el 161. La persecución no ha sido reasumida todavía con la violencia que tuvo bajo Antonino y que tendrá dentro de algunos años, pero no ha cesado. Los cristianos están continuamente amenazados. Una simple denuncia basta para enviarles al suplicio. ¿Son por lo tanto "*fanáticos, hirsutos, barbados, viviendo en «comunidad», verdaderos sin patria, hostiles a toda estructura ordenada* ..." como escribe Alain de Benoist? ... Que juzgue uno mismo: la Iglesia romana llegó a tal estado de prosperidad que le permitió organizarse poderosamente. Mandaba barcos de trigo hacia las provincias extranjeras. Construía las catacumbas cuya inmensidad da una idea del poder de organización de la sociedad cristiana, puesto que esas catacumbas no tenían otro objeto que recibir los restos de los cristianos.

* * *

No es difícil formarse una idea de cuál pudo ser el comportamiento de los primeros cristianos frente a los honores y las riquezas.

Su vida cotidiana se desarrolla en plena luz. Del mismo modo que permanecían en su puesto en la magistratura, el ejército, la administración, del mismo modo permanecían muy mezclados a la vida social corriente ... Lo que no dejaba de ocasionar difíciles problemas en las relaciones familiares y mundanas, donde las fronteras de la modestia cristiana resultaban inciertas, a veces, en la costumbre de los juegos paganos.

Ahora bien, no parece que la modestia hubiera sido más fácil en esa época de extraordinario fervor que en la nuestra, si se juzga por las instrucciones que el terrible Tertuliano (14) daba a las mujeres llamadas por su condición social a frecuentar las reuniones mundanas: "*Muchas de entre vosotras, arrastradas por la irreflexión, o cediendo a una tendencia que no confiesan, ostentan externamente tan poca modestia como si el pudor en una mujer consistiese úni-*

(14) *De Cultu foeminarum.*

camente en la estricta custodia del honor y en la aversión al crimen. Parece que, para ellas, no haya nada más allá y que el lujo exagerado sea cosa indiferente. Se las ve perseverar en el empleo de los mismos recursos que antes para exaltar el esplendor de sus encantos y exhibir en público la misma pompa que las mujeres paganas a las que falta el sentimiento del verdadero pudor ...".

Y Tertuliano, asiéndose a la riqueza excesiva de las joyas ... (Hecho tanto más significativo cuanto que Alain de Benoist nos presenta a los primeros cristianos como hostiles, radicalmente, a "todas las producciones paganas del arte: vestidos de color, instrumentos de música, etc."). Ahora bien, precisa Tertuliano: "*Se obtiene de un cofrecillo de joyas el valor de un patrimonio considerable. Se enfilan en un mismo cordón los diamantes que representan un millón de sestercios. Una cabeza lleva sobre sí bosques enteros y hasta las islas. La renta de un año pende de la oreja de ésta y cada uno de los dedos de la izquierda de aquélla toca bulliciosamente lo que ha costado sacos repletos de oro*".

Sin duda se puede desconfiar de la terrible severidad de Tertuliano. Pero a pesar de todo resulta interesante destacar en estos textos, las muestras tomadas en lo vivo, de la vida social de los cristianos de Roma en el siglo II, pues estos documentos nos muestran hasta qué punto el cristianismo se hallaba extendido entonces a la sociedad entera. Comprendía, ciertamente, una mayoría de gentes humildes, de artesanos, de esclavos; pero también había ganado a los ricos. Ricos, coquetas, miembros de la aristocracia que, a pesar de la dificultad para deshacerse de su suntuoso estilo de vida, no dejaban de encontrarse en gran número, al lado de las "mujeres del pueblo" y de los esclavos, en la fraternal comunidad de los calabozos, antes de ser entregados juntos al fuego, a las fieras o a la espada.

2. El cristianismo primitivo no provocó ni subversión patriótica ni subversión militar.

¿Es exacto, como pretenden Rougier, Pauwels y de Benoist, que los primeros cristianos no tuvieron nada más que la fuerza pasiva

de una cierta laxitud, si no de una cierta bajeza, de una cierta deserción en lugar de las virtudes cívicas?

La respuesta aquí sigue siendo extremadamente fácil. Basta recurrir a los hechos. Son lo bastante claros como para prescindir de comentarios.

El deber de defensa.

Bajo el reinado de Marco Aurelio (161-180) una legión, la "Fulminea" estaba formada enteramente por cristianos.

Y, en adelante, las inscripciones no cesaron casi de confirmar el aumento de los efectivos cristianos en las legiones. Jean Guiraud ha revelado la presencia de numerosos cristianos en la "III Augusta" de Numidia, en la "II Trajana" de Egipto, en la "XII Fulminea" de Armenia, en la "VII Germinea" de España, en la "II Parta", hasta en las cohortes pretorianas de Roma ... (14 bis).

Las Actas de San Mauricio nos los muestran dirigiendo una legión casi enteramente cristiana: la legión Tebea. Las otras Actas de los Mártires nos indican un gran número de jefes militares tan fieles a su fe como obedientes al Emperador. Como ¡San Sebastián!

Así, pues ... Lejos de poder ser denunciados como "apátridas", anti-militaristas, blandos por principios espirituales, vemos que los primeros cristianos estuvieron, por el contrario, más presentes en las legiones que los ciudadanos de Roma que comenzaban a despreciar la vida militar por preferir la vida relajada y los placeres decadentes de una existencia completamente pagana.

En el cristianismo, por el contrario, en el cristianismo primitivo fue un deber para sus fieles ser no menos fieles a su deber de defensa cívica y militar.

El Concilio de Arlés, en el 314, formuló incluso sentencias de excomunión, como traidores a la patria, contra los soldados desertores.

(14 bis) C. J. Guiraud, *Historia parcial - Historia verdadera,* Beauchesne (agotado).

La piedad cívica.

¡No! El cristianismo primitivo no fue suave con los traidores a la patria. Y no fue suave con los traidores a la patria porque espontáneamente, generosamente, como los primeros cristianos tuvieron por Roma y su Imperio una piedad cívica plena de admiración.

¿Y cómo no iban a tenerla?

Entre las circunstancias que favorecieron el desarrollo prodigioso del cristianismo, ¿no mencionan todos, en primer lugar, la unidad del Imperio y la paz que había impuesto?

¿Cómo los cristianos fervientes y tan atentos a los menores signos de la acción de Dios aquí abajo, cómo los primeros cristianos hubieran podido quedar insensibles a esta disposición, rigurosamente providencial, de un orden político destinado a servir de pedestal al edificio sobrenatural?

Recordemos este pasaje de Bossuet, en su *Discurso sobre la Historia Universal:*

"Todo obedece a la fortuna de César ..., único amo del Imperio. Rechaza hacia los Pirineos a los Cántabros y Astures revueltos; Etiopía le pide la paz; los Partos, aterrados, le devuelven los estandartes tomados bajo Craso con todos los prisioneros romanos; los Indos buscan su alianza; sus armas se hacen notar entre los Retos o Grisones cuyas montañas no pueden defender; la Panonia le reconoce; la Germania le teme y el Veser recibe sus leyes. Victorioso por tierra y por mar, cierra el templo de Jano. Todo el universo vive en paz bajo su poder, y Jesucristo vino al mundo".

"Eso, los cristianos del Imperio no pudieron desconocerlo y bastaba a unirles al mundo romano".

"Jesús no vino a abolir la ley sino a cumplirla. Lo que era verdad por la Santa Escritura podía serlo también por la Sabiduría antigua. Todo lo positivo, todo el bien podía estar ordenado, jerarquizado, vivificado, salvado. El hecho mismo de que los rigoristas, los que proponían el rechazo puro y simple del mensaje greco-latino, cayeron en su mayoría en la herejía, se convirtió en una prueba. Desde

las primeras generaciones, la voluntad de síntesis es manifiesta. Ser cristiano no significa en ningún sentido que se cese de ser romano".

Lejos pues de haber sido unos patriotas templados o blandos, los primeros cristianos llegaron, al contrario, a confundir hasta tal punto las dimensiones de su cristianismo con las dimensiones de la romanidad que algunos serían extremadamente turbados en su fe cuando vieron ensombrecerse esta romanidad bajo los golpes de los bárbaros. Hasta el punto de que San Agustín debió redactar su célebre *Ciudad de Dios* para recordar a los cristianos de su tiempo que ese exceso de amor por Roma y su Imperio no debía hacer olvidar la supereminente primacía de la única patria cristiana auténtica: La Ciudad Celeste.

Lo que podría bastar para demostrar que los primeros cristianos, si pecaron, no lo hicieron en el sentido que se dice. No fueron los apátridas, los metecos, los "timadores". No fueron los facciosos haciendo grupo aparte, separados de la sociedad común. No fueron esos seres que se describe: "*fanáticos, hirsutos, barbudos, verdaderos sin patria, hostiles a toda estructura ordenada, a toda ciencia, a toda jerarquía*". No fueron los "extranjeros" cultivando su "extranjeridad". No fueron los "hostiles" ... "echando una mirada fría" sobre la sociedad donde vivían y prosperaban: "viendo la señal de la Bestia en todas partes, en los uniformes de las legiones, las ciudades, los navíos, las rutas, los trabajos, etc.".

¿Dónde, pues, vió de Benoist que el anuncio de la Parusia y de la vuelta de Jesús hubiera provocado esa abstención universal y ese soberano desagrado de las ocupaciones temporales y, en la ciudad, esa psicosis del "*desmoronamiento del mundo*"?

¿Dónde vió de Benoist que "*ninguna idea era entonces más odiosa a los cristianos que la idea de patria*", que "*el cristianismo antiguo rechazó el mundo*" ... "*que las primeras comunidades cristianas proclamaban la abolición de todas las categorías naturales en provecho de la única iglesia de los creyentes*"?

3. El cristianismo primitivo no provocó ni subversión moral ni subversión cultural o espiritual.

Ser cristiano, hemos dicho (hoy como en los primeros siglos de la historia de la Iglesia), no significa en ningún sentido que se cese de ser romano.

Si hubo incomprensión de uno de esos dos términos, no vino de la Iglesia, sino de los paganos. Lo que no tiene nada de sorprendente. Para estos últimos, en un principio al menos, el cristianismo no podía distinguirse casi, o se distinguía mal del judaísmo. Ahora bien, se conoce la desconfianza de los romanos respecto a los judíos, agitadores natos, siempre en rebelión y cuyas sublevaciones iban a ocasionar precisamente su pérdida y la destrucción del templo de Jerusalén por Tito en el 70.

"Esta agitación judía, los prefectos romanos creyeron reconocerla en la exaltación de los mártires. Jamás habían visto aquello. No comprendiendo nada de lo que legitimaba esa actitud, incluso la agudeza ingenua de su espíritu latino o griego, los ponía como naturalmente en guardia contra el sentido de lo que consideraban "protestas demasiado solemnes".

"Por su lenguaje, por su inflexible obstinación, por su desprecio del sufrimiento y de la muerte, los cristianos parecían pertenecer a una banda de conspiradores. La formidable novedad de esta separación del poder temporal y del poder espiritual, que jamás el mundo había conocido hasta entonces, no dejaba de inquietar a los más benévolos y de parecer al menos un poco subversiva".

"Domiciano (82-96), habiendo oído hablar del reino futuro de «Christos», sospecha un complot y un competidor. Bajo Diocleciano (295-313) el error subsiste. Un mártir responde al interrogatorio: «Ellos se muestran fieles y devotos al Rey supremo cuyos mandatos cumplen» — «¿De qué rey hablas?, pregunta el magistrado... En el juicio de los paganos toda esa jerga no es más que habilidad de las gentes cuya existencia es sospechosa; también las protestas de fidelidad y de devoción al Emperador deben sufrir la prueba de los hechos ... Se invita a los cristianos a incensar las efigies imperiales.

Ahora bien, esto último lo rehuyen ... ¿Cómo podría comprender un pagano que esos insultos a la estatua no alcanzaban más que al ídolo y no atacaban al Emperador? (...)".

"*Luciano no descubre en el lenbuaje sublime del Obispo Ignacio más que el reclamo de un charlatán. Plinio ve en el martirio una obstinación inflexible. Epicteto, un fanatismo empedernido. Marco-Aurelio, un partido —cogido de oposición mezclado de fausto trágico y de ostentación teatral—. En general, la opinión pública se muestra escéptica y escarnecedora respecto a los mártires; a veces se extraña o se apiada un instante; pero no se desarma*" (15).

De ahí la aplicación de San Justino por disipar esos trágicos equívocos: "*Nuestros adversarios, escribió, ignoran todo del cristianismo. Ahora bien, sólo nosotros somos capaces de dar de nuestra fe una explicación satisfactoria*".

Y todos los apologistas se encargan de repetir esta explicación satisfactoria y de formularla cada vez mejor. Trataron de hacer comprender, cada vez mejor, que la sociedad romana y el Imperio, y el Emperador no tienen nada que temer de los cristianos, ni del desarrollo de la Iglesia.

Por sí sola, la obra de los apologistas constituye el mentís más rotundo, el más irrecusable que se pueda imaginar contra la tesis tan ligeramente sostenida por Rougier y consocios sobre el asesinato pretendido del Imperio Romano por el cristianismo naciente.

Los apologistas no fueron solamente los Padres del cristianismo, los Padres de la cristiandad; fueron, y son los Padres de la Civilización Occidental. Los Padres de la civilización simplemente.

Por el tratado fulgurante de San Justino: "*Toda verdad, venga de donde venga, es del Espíritu Santo*", todos los maestros de Grecia y de Italia, todos los testigos de la élite pagana tuvieron abiertas por la Iglesia las puertas de la síntesis intelectual, moral, social, cultural ... de la más prodigiosa novedad.

---

(15) Jean Marial, «De dónde viene Francia», págs. 51 a 53, En *Verbe*, 1947, 220 págs. (agotado).

La custodia y embellecimiento de la herencia antigua.

Y durante doce siglos, hasta la cima del éxito tomista, los bienes capitalizados no serán abandonados jamás, sino incansablemente reasumidos y continuamente perfeccionados.

Y esto no fue hecho contra la iniciativa de un cristianismo primitivo, que la Iglesia se hubiese visto obligada a negar, sino al contrario. Esto se realizó perfeccionando en la mayor unidad y en la mayor armonía con los primeros pasos de la Iglesia de los primeros tiempos.

Desde los primeros tiempos se pudo ver a los cristianos, e incluso entre ellos a los futuros mártires, prestarse a dar a la juventud una educación donde la mitología, por ejemplo, no estuvo ausente.

"*Para comentar, en efecto, Homero o Píndaro, Horacio o Virgilio, el relato de las aventuras o de las desventuras de los dioses y de las diosas era indispensable: «Pero, escribe Dom Leclercq, llegado a ser así pretexto para la literatura, la mitología perdía su significación religiosa. Antiguamente, reclamaba, a falta de fe, credulidad; en adelante no se elevó más por encima del nivel del lugar común, de la alegoría familiar, del tema de narración. Rebajada a este punto, no volvió a ofrecer gran peligro para los escolares cristianos. Estos notaron prontamente el abismo que separaba la manera como se desarrollaban las fábulas en la escuela, y la manera cómo se desarrollaba la religión en la Iglesia. Por ello, el estudio de los clásicos paganos, necesario a la formación de la inteligencia y a la posesión de este conjunto de conocimientos que hicieron entonces «el hombre honesto», no estuvo prohibido a los cristianos. Inconsecuente en su criterio, Tertuliano negaba al cristiano el derecho de ser profesor, pero le concedía el de ir a la escuela, porque la enseñanza literaria que se recibía allí era indispensable para la conducta de la vida. Los jefes de la Iglesia no cayeron en esta contradicción y no prohibieron a los fieles instruirse ni les negaron enseñar*» (fin de la cita de Dom Leclereq).

"*La tradición desde entonces será constante.*

"*El cristianismo no sacaba a sus fieles de la frontera de la sabiduría antigua. A partir de entonces, San Justino, Clemente de Ale-*

jandría, San Basilio, San Ambrosio, San Agustín, a ejemplo mismo del rigorista San Jerónimo que se acusaba de ser un «abyecto ciceroniano», San Germán de Auxerre, San Sidonio Apolinar, San Paulino de Nola, San Remigio, San Avito, San César, incluso San Benito, patriarca de los monjes de Occidente, fueron los mantenedores de la sana cultura antigua" (15 bis).

La tesis del pesimismo cristiano.

Pero la acusación de pesimismo ha sido lanzada.

¿Es acaso justa?

Aquí también el argumento de Rougier y de Benoist hay que rechazarlo completamente.

Sea el ejemplo, particularmente simple y característico de este estoicismo que algunos se complacen en presentar como uno de los tratados más altos de la moral antigua. Mientras que, en realidad, el sobresalto estoico del paganismo que acababa no supo evitar nada, no pudo salvar nada del desastre moral.

Ciertamente, no faltaron autores (Beulé, *La sangre de los Germánicos)* para sostener que el estoicismo fue una reacción del patriciado romano, en tanto que el cristianismo *"se dirigió a los pobres a los esclavos, a los que se desesperaban"*. Pero los trabajos de Fustel de Coulanges, de Dom Guéranger, pulverizaron, después de mucho tiempo, esas leyendas y restablecieron la verdad. Los estoicos, por otra parte poco numerosos, fueron *"algunos individuos de las clases superiores, indignos de las vergüenzas y los crímenes de los palatinos (que) se sostenían contra la suerte y abandonaban orgullosamente la vida"*.

Pero, ¿cómo avanzaban en la regeneración de las costumbres y las virtudes pasadas esos imitadores de Catón? ¿Qué renacimiento operaron? ¿Y qué quedaba, al final del siglo II, de ese estoicismo, despreciador de la vida y de la tradición romana, sino un desprecio estéril y "desmovilizador"?

(15 bis) Cf. Jean Marial, *op. cit.*, págs. 57-58.

A ese estoicismo parecen aplicarse estas líneas de Gustave Thibon: "*El proceso es clásico: toda «virtud» que va a desaparecer empieza por materializarse, por perder la flexibilidad, la fluidez de la vida y fijarse en ídolo inflexible y hueco. Lo que debe pudrirse, se endurece primero. La rigidez cadavérica precede a la delicuescencia*".

Se vio, con la muerte de Séneca. Séneca, que según autores serios, se habría encontrado con San Pablo y conversado con él. Séneca, que había leído los textos cristianos y modificado más o menos sus ideas según aquéllos. Séneca que, por lo menos en su correspondencia, supo mostrarse entusiasta ante las "virtudes celestes" de los cristianos. Séneca, que no temió escribir a Lucilio, que había "*visto hombres víctimas de las más punzantes torturas, impasibles, no habiendo nada de tenacidad teatral, conciliando el dolor con una calma celeste*". Pues, Séneca venía precisamente de asistir a los famosos juegos públicos dados por Nerón, en el curso de los cuales largas filas de mártires diseñaban el recinto del circo y venían a servir de antorchas vivientes. Cada uno estando vestido de una túnica de papiro untado de pez y de cera.

Séneca estuvo, pues, subyugado por el misterio de la "*calma celeste*" de esos pobres seres transformados en llamas. ¡Sí! ¡Séneca se entusiasmó! "*Alguno sufrió todo eso, precisó, y ni siquiera imploró ser puesto en libertad. ¿Qué digo yo? Ni siquiera se dignó responder al juez: se le ha visto sonreir y su sonrisa fue de bondad*".

Y bien, a pesar de todo eso, Séneca tuvo el lamentable fin que conocemos. Y nadie sueña en reivindicar a Séneca ante el cristianismo. Había en él la fuerza orgullosa del estoico, pero nada del humilde y fuerte gozo del amigo del Dios de la Resurección.

¿Y qué piensan, al respecto, Pauwels, Rougier y de Benoist del que, con su amigo Burro, tuvo ... el sucio valor de hacer, en pleno Senado, la apología del asesinato de Agripina por su hijo Nerón? ¡Ese Nerón que era su discípulo! ... ¡Y el mismo Nerón que conduciría a su mismísimo anciano maestro Séneca a abrirse las venas! ¡Estoicamente!

¿Es eso lo que se osa presentar, como oponiéndose de lejos y desde arriba, al cristianismo primitivo?

Y puesto que se trata de pesimismo, ¿dónde importa denunciarlo ... a poco que se estudie la historia algo correctamente?

* * *

¡Sí! Es sorprendente que el G. R. E. C. E., que pretende resucitar la "virilidad aristocrática" de la romanidad crea encontrar los modelos entre los estoicos.

Todavía es más sorprendente ver a A. de Benoist indignarse por las luchas mantenidas por la Iglesia "*contra los arrianos, los donatistas, los maniqueos, los cátaros y los albigenses*" cuando, para la mayoría, estas herejías, de origen oriental, pertenecían a ese flujo de pesimismo del cual la Iglesia preservó siempre a la cristiandad, como de la peste.

Para el observador imparcial, el extraordinario interés de ese género de sectas estriba en que muestran la incoercible caducidad de su moralismo, de su puritanismo, de sus tensiones, de sus rigorismos ...

Chesterton lo ha dicho de una forma bella: "*Lo que ocurrió en realidad fue lo siguiente: cuando la fe apareció en el mundo, su primerísima aventura fue estar perdida en una especie de nudos de sectas místicas y metafísicas, de origen oriental la mayoría, como una abeja de oro aislada que estuviese cogida en un enjambre de avispas. A los ojos del observador superficial, no hay apenas diferencia: nada más que un zumbido general; todo esto parecía valorarse, por la cantidad de picaduras hechas y de picaduras sufridas. La diferencia era que en todo el alboroto de este polvo dorado, un solo punto de oro tenía el poder de progresar a fin de construir las colmenas para toda la humanidad —de dar al mundo la miel y la cera, o, como ha sido muy bien dicho en un texto demasiado olvidado, las dos cosas más magníficas, la dulzura y la luz—. Las avispas murieron todas aquel invierno; es difícil encontrar a alguien que sepa de ellas por poco que sea, y la gran masa ignora incluso que hayan existido*" (16).

Queda que a través de la complejidad de tantas sectas, más con-

(16) *El hombre llamado Cristo*, N. E. L., pág. 115.

tradictorias y caducas las unas que las otras, haya sin embago un punto común: se trata del pesimismo. Es un hecho que, bajo una forma u otra, miraban la creación del mundo como la obra del espíritu del mal.

"Algunos traían esa atmósfera asiática donde anega el budismo: la sugestión de que la vida es una polución de la pureza del Ser. Otros evocaban un orden puramente espiritual, revelado por la farsa grosera y torpe que consiste en modelar los juguetes como el sol, la luna y las estrellas ..." (16 bis).

Un punto común en el que entran estas corrientes: el pesimismo ... Otro punto común: la creencia en una oposición irreductible entre la vida temporal y la vida espiritual. Odio de lo temporal ... Odio de la vida.

¿En cuanto a la Iglesia ...?

A veces, es ascética. Pero no pesimista. Tiene algunas razones para declarar que el hombre es pecador. Pero no pretende que la vida sea un mal. Lo prueba incluso anatematizando a los que lo afirman. No admite que se diga que el hombre es completamente abyecto. O la vida una miseria irremisible. O el matrimonio un pecado, la procreación, una tragedia.

Los cristianos "*eran ascetas, porque la ascesis era el único medio de luchar contra el pecado; pero en la tormenta misma de sus anatemas, afirmaban sin cesar que su ascetismo no debía ser inhumano ni contra natura; que querían purificar el mundo, no destruirlo* (...).

"*Que la misma Iglesia primitiva haya estado llena de un entusiasmo estático de renunciamiento y de virginidad, es lo que hace esta distinción más chocante todavía y no aporta ningún menoscabo a este carácter* (...).

"*Un hombre podía andar a cuatro patas porque era asceta; podía permanecer de pie noche y día en lo alto de una columna y ser venerado como asceta; pero no podía, sin ser herético, decir que el mundo era un error o el estado del matrimonio un pecado*" (17).

El ejemplo de San Agustín es característico y podría bastar para

---

(16 bis) Chesterton, *op. cit.*, pág. 116.

(17) Chesterton, *op. cit.*, pág. 119.

explicar lo que A. de Benoist no entiende en las luchas mantenidas por la Iglesia contra las herejías pesimistas (cuando A. de Benoist pretende tomar parte a favor del optimismo y la vida).

"Tanto tiempo como permaneció un hombre de su mundo llevado por la corriente de su tiempo, fue maniqueo, pues estaba muy bien visto serlo. Pero desde que ese hombre fue católico, los primeros contra los que se volvió para cortarlos a trozos fueron los maniqueos. En términos católicos, ese hombre cesó de ser pesimista para convertirse en ascético. Pero, como los pesimistas interpretaban el ascetismo, podría decirse que dejó de ser un asceta para convertirse en un santo. La guerra a la vida, la oposición a la naturaleza eran cosas que había encontrado ya en el mundo pagano, y a los cuales tuvo que renunciar cuando entró en la Iglesia" (17 bis).

La Iglesia ha combatido, pues, los cultos, las filosofías, los sistemas "pesimistas". Y no los ha combatido solamente ella, pero no se ha contentado con hacerlo de palabra.

Ella ha dirigido y animado sobre todo el más formidable arranque civilizador que la historia haya conocido.

¿En qué se habría convertido la herencia humanista de la Roma antigua si el cristianismo no hubiera asumido su salvamento y su transmisión?

Para responder basta considerar lo que llegó a ser el Africa romana ¡después de la conquista del Islam!

Pues, en fin, Africa del norte también formaba parte del Imperio. También estaba cubierta de foros, de arcos de triunfo, de circos y de calzadas romanas. También fue romanizada en sus costumbres, sus leyes, su pensamiento. ¿Qué quedó después de la invasión musulmana?

* * *

CONCLUSIÓN.

En el fondo del ataque de Pouwels, Rougier y de Benoist a la Iglesia no sólo existe un problema sobrenatural, hay también un

(17 bis) Chesterton, *op. cit.*, págs. 119-120.

terrible problema humano ..., hay toda la sequía de los desiertos humanos.

Un menosprecio hacia la Iglesia de los misericordiosos. Lo que no soportan, es la Iglesia, madre de los desamparados, los débiles, los esclavos ...

"*¡La escoria del pueblo!*".

La Iglesia con su fuerza, perdura todavía. Pero la Iglesia de los pobres y de los lisiados, la Iglesia de los que *Nouvelle Ecole* llama "*la escoria biológica*", esa ¡no!

Debido a que rechaza la consideración de que la Iglesia hubiera "*venido a salvar lo que estaba perdido*", este equipo se priva de uno de los medios más seguros de descubrir lo que hay de más fuerte, de más universal y ... de eternamente divino en el cristianismo.

También Bernanos se detuvo ante el "escándalo" y la "fe" de ese "*rebaño, mantenido unido por el hábito o el temor, puesto que lo divino no es apenas más que una suerte de alivio a su pereza, a su horror a la lucha viril* (...).

"*Así se ve acosar a su alrededor, rechazando los santos sobre el atrio, una multitud de desdichados que sólo vienen a buscar, de tiempo en tiempo, el reposo, los honores o las rentas, incapaces de encontrar en otra parte el pan de su propia apetencia*".

Pero esa tropa que horroriza a G. R. E. C. E. y que propone abandonar pura y simplemente a "*su escoria biológica*" ... ¿quién la recogería sino la Iglesia?

"*Alguno se extrañaría de verlos ahí* —continúa Bernanos—, *se parecería a los fariseos, soberbio, mirando con una mirada de disgusto al rabbi Jesús con su escolta de cojos, ciegos, mendigos y probablemente también de simuladores. Pues la Iglesia no es nada menos que el Panteón de los grandes hombres, pero bajo la rabia de la lluvia y del viento eternos, el refugio donde las especies más miserables vienen a recibir de Dios y de sus santos, día tras día, de qué subsistir, cueste lo que cueste, hasta el perdón eterno*".

Porque ella tiene palabras de Vida eterna, la Iglesia no pudo abandonar a los desamparados de la historia de los hombres.

Existe la frase "escandalosa" del misterio de la Iglesia: la que corresponde a la descripción de Isaías: "*No lo hemos reconocido.*

Sin belleza. Sin claridad. Despreciado. El último de los hombres. Un ser de dolor, rendido al sufrimiento, desfigurado, parecido a un leproso".

Este aspecto repugna a Pauwels, Rougier y de Benoist ..., sea; esta repugnancia no les autoriza otro tanto a escamotear la otra realidad, la grande, la deslumbradora realidad del misterio de Cristo y de su Iglesia a lo largo de la Historia; historia ofrecida a las miradas y a la contemplación de cada uno, tenga o no tenga fe.

Realidad de la Iglesia "*sumergida por los «cojos», los «ciegos», los «mendigos», los «simuladores»*", denunciados por Bernanos.

Iglesia brillante, virginal esposa del Redentor y Salvador. Fuente de santidad en la vida privada. Fuente de civilización, de orden y de paz en la vida pública.

"*La Iglesia, madre de los liberadores de esclavos. Madre instructora de los pueblos bárbaros. Madre de los monjes roturadores, agricultores, constructores y educadores.*

"*La Iglesia, madre de las ciudades-refugios de la Edad Media, madre de los hospitales y de los orfelinatos.*

"*La Iglesia, madre del respeto a la mujer y del honor familiar. Madre del espíritu caballeresco. Madre de las únicas medidas que hicieron retroceder la guerra y humanizaron las batallas.*

"*La Iglesia, madre de los colegios extendidos por todas partes y para todos. Madre de las universidades* (...).

"*La Iglesia, madre de las más nobles figuras de soberanos que jamás haya conocido el mundo. La Iglesia, madre de las encíclicas sociales. Madre protectora de los derechos de la persona contra el totalitarismo moderno. Madre protectora de los cuerpos intermedios. Madre protectora de las fuentes de la vida contra el neo-maltusianismo, el aborto, la esterilización, la eutanasia.*

"*La Iglesia, madre protectora de las artes. Madre del gregoriano. Madre de nuestras basílicas y de nuestras catedrales.*

"*La Iglesia, madre de los santos. Madre de los apóstoles y de los mártires.*

"*Para una tropa de «cojos», «ciegos», de «mendigos», de «simuladores» ... ¿qué mejor?*

"*¿Mejor por la constancia de la duración?*

"¿Mejor por la universalidad de las realizaciones?

"¿Mejor por la calidad, la heroicidad de los servicios vendidos?" (18).

* * *

Recomendamos:

algunas obras (*) que merecen un estudio en grupos o células, para una sana iniciación a la formación del juicio histórico permitiendo profundizar los temas abordados en el presente estudio:

— *Historia de las instituciones políticas,* t. 1 (Fustel de Coulanges).
— *Santa Cecilia y la sociedad romana* (Dom Guéranguer).
— *El hombre llamado Cristo* (G. Chesterton).
— *De dónde viene Francia* (Jean Marial).
— *Un Señor, una fe* (Mgr. Johnson).

Los amigos interesados más particularmente por la cuestión pueden pedir al C. L. C. un dosier sobre G. R. E. C. E. y *Nouvelle Ecole* (4 F francos).

---

(18) Jean Ousset, «La historia educadora del sentido cristiano», en «Sentido cristiano de la historia», *Actas del Congreso de Lausanne IV,* abril de 1968, pág. 253.

(*) Desgraciadamente difíciles de encontrar, excepto «Un Señor, una fe».